

LAS DISTOPÍAS DE NUESTRO TIEMPO¹

Pilar Gavilano*

A Max Hernández, de quien no soy tan buena discípula como quisiera.

*Probablemente sentimos con desmesurada intensidad la maldad de esta época
y no tenemos derecho a compararla con la de otras que no hemos vivido.*

Sigmund Freud (1915)

Introducción

Redactar esta conferencia me ha permitido reencontrarme, muchos *après-coups* de por medio, con algunos viejos amores.

Entre los libros de mi mamá se encontraba uno que me fascinó desde la primera lectura: **Un Mundo Feliz** de Aldous Huxley. Muchas veces, cuando estaba aburrida, hacía un recorrido por su biblioteca y mi índice terminaba cayendo sobre su lomo que, con el paso de los años, se iba poniendo más y más amarillento. Para mí era una novela de ciencia ficción en donde lo que más me fascinaba eran dos cosas:

Primero, los centros de reproducción donde los seres humanos son creados en laboratorios en los que se fertiliza los óvulos, se los examina para eliminar los defectuosos, se los coloca en incubadoras hasta que están listos para nacer y, mientras tanto, se les administra distintos tratamientos según a qué sector de la sociedad van a estar destinados, llegando a ser Alfas, Betas, Gammas, Deltas o Épsilones. Si tenemos en cuenta que la novela se publicó en 1932 y el primer bebé nacido por fertilización in vitro nació en 1978, nos daremos cuenta de la

* Psicoanalista y expresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Magíster en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Licenciada en psicología clínica por la PUCP. Exdirectora de la Biblioteca Jaime Heresi (SPP). Creadora del espacio Cine y Psicoanálisis (SPP).
<pilargavilano@gmail.com>

1. Conferencia inaugural del XVIII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, junio de 2024.

capacidad de Huxley para adelantarse a su tiempo. Lo que veríamos en **Matrix** en 1999 es esa misma idea llevada hasta el límite de la imaginación.

En segundo lugar, me encantaba imaginar las salas de cine sensible que, dotadas de asientos y equipos especiales, ofrecían experiencias que involucraban no sólo la vista y el oído, sino todos los sentidos. Algunos años después, comenzaron a darse en Lima funciones de la película Terremoto con un sistema llamado "*sensaround*" que se acercaba un poco a la ficción de Huxley. Actualmente, el cine 4D es una realidad. Y no solo eso: existen múltiples experiencias de realidad virtual y realidad aumentada en juegos, visitas inmersivas a museos, simuladores de vuelo, por nombrar algunas.

Fue años después que aprendí que la de Huxley se clasificaba dentro un género literario llamado *distópico* junto con otras muchas novelas y también películas, animaciones, *manga* y *anime* japoneses que tienen en común el describir sociedades imaginarias futuras de características indeseables en las que imperan la alienación, la deshumanización, el control ejercido desde un poder invisible a través de múltiples mecanismos, la violencia, la destrucción de la naturaleza, entre otras.

En algunos casos, se da a entender que en el origen de la distopía hubo una utopía, es decir un proyecto difícilmente realizable, de una sociedad ideal, caracterizada por la paz, la justicia, la solidaridad, la armonía, es decir, por la búsqueda del bien común y la felicidad de sus habitantes. Sin embargo, algo no salió como se esperaba y terminó siendo lo contrario.

Tres novelas distópicas

Me voy a referir a tres novelas clásicas del género que presentan muchos elementos en común, pero también diferencias interesantes.

1984 de George Orwell

Publicada en 1949, poco antes de la muerte de su autor, describe un mundo totalitario llamado Oceanía en el que se ejerce el poder desde un partido único que gobierna la sociedad a través de la vigilancia permanente de los ciudadanos, para lo que utiliza una tecnología basada en un sistema ubicuo de telepantallas. Cada movimiento, cada verbalización, cada encuentro son rigurosamente vigilados por la llamada policía del pensamiento que detecta toda transgresión, lo que da lugar a torturas horribles cuyo propósito es el lavado de cerebro y el sometimiento y rendición amorosa al Hermano Mayor (o Gran Hermano, como se le suele llamar). "El Hermano Mayor te vigila", se repite en carteles y pantallas, sobre todo, luego del ritual diario "Los dos minutos de odio", donde aparece el

rostro de Emmanuel Goldstein, un supuesto traidor, enemigo del régimen, a quien todos deben gritar mostrando su odio. Cuando la sensación de malestar invade a los ciudadanos, pueden recurrir a una ginebra malísima que quema la garganta, pero tiene el efecto rápido de aliviar las angustias y las dudas.

Algunos aspectos más que vale la pena remarcar:

La perversión de la memoria histórica, a través del llamado Ministerio de la Verdad, cuya labor es la eliminación y sustitución de cualquier información aparecida en libros, periódicos, panfletos, películas o fotografías que pudieran poner en duda la versión oficial del partido: "Quien controla el pasado controla el futuro, quien controla el presente controla el pasado." Ése era el lema.

El control del lenguaje, a través de la eliminación de palabras, con el resultado de que los conceptos que representan dejan de existir en las mentes. Y, en cambio, la creación de un Neolenguaje en el que los significados se alteran de acuerdo con la conveniencia del régimen.

Así, en *Neolenguaje*, el slogan del partido reza: "*La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza*".

Los cuatro ministerios existentes, se llamaban:

Ministerio de la Verdad: encargado de dar falsas noticias, distorsionar el pasado, controlar la educación y censurar los espectáculos y las bellas artes.

Ministerio de la Paz: encargado de promover la guerra.

Ministerio del Amor: encargado de prohibir las manifestaciones de afecto.

Ministerio de la Abundancia: encargado promover el hambre.

Un mundo feliz de Aldous Huxley

Publicada en 1932, describe el Estado Mundial, una sociedad tecnológicamente avanzada cuya historia se divide en Antes de Ford y Después de Ford. Es un mundo perfecto en el que todos son felices debido a que cada uno conoce, acepta y ama el lugar que ocupa y lo que le toca hacer. Se tiene así una sociedad libre de conflictos cuyo lema es: "*Comunidad, identidad, estabilidad*".

Aquí, el control no se obtiene a través de la coerción, el miedo y la vigilancia, sino mediante el placer.

Los sujetos creen que actúan por propia iniciativa, pero no hacen sino responder a los estímulos con los que la sociedad los moldea, produciendo afectos alegres, no solo a través de la perfecta adaptación, sino del fomento del sexo recreativo, los espectáculos, los viajes, etc. Si todo eso no fuera suficiente, existe el *Soma*, psicofármaco de consumo libre que alivia cualquier malestar o asomo de angustia.

***Fahrenheit 451* de Ray Bradbury**

Publicada en 1953, describe una sociedad futura en donde los libros están prohibidos para evitar la infección del pensamiento y los bomberos son los encargados de quemarlos. El título, *Fahrenheit 451* corresponde a la temperatura a la que el papel arde y es el número que ellos llevan en el casco. A la par que se reduce a cenizas todo el acervo contenido en los libros, se induce a la población al consumo y al entretenimiento banal a través de la televisión. Para aliviar la sensación de vacío y desconexión entre las personas, no faltan nunca las pastillas y cuando alguien toma una sobredosis, existe una brigada especializada en solucionar esos problemas.

La distopía contemporánea

El mundo actual presenta características similares a las que la literatura viene anunciando hace ya casi un siglo. Hace dos años, justamente en nuestro anterior congreso, Virginia Ungar (2022) había usado el término distopía para caracterizar acontecimientos como la invasión a Ucrania y la pandemia de Covid-19.

Resulta inquietante y a la vez fascinante observar cómo la humanidad parece avanzar irremediabilmente hacia su autodestrucción, bajo el imperio de la alienación, la violencia, la injusticia, la desigualdad, la angurria, la destrucción de la naturaleza, la guerra, el terrorismo y el genocidio, todo ello potenciado por la tecnología que supuestamente debería estar al servicio del bienestar. No hay que olvidar el rol que cumplen la inercia, la negación y la indiferencia de quienes contemplamos todo esto sin hacer nada o casi nada.

Y es que asistimos desconcertados a nuestro propio tiempo y pensamos equivocadamente que es la primera vez que ocurre o que es la peor de todas. Quizás esto sea más evidente para la gente de mi generación que ya tiene unas buenas décadas sobre este planeta que para los más jóvenes y, por supuesto, para los niños y bebés que han nacido en estos tiempos.

Giorgio Agamben (2008) me ha permitido comprender que nuestro punto de vista, desconcertado, angustiado, un poco desesperanzado puede caracterizarse como contemporáneo:

La contemporaneidad es, [...]una singular relación con el propio tiempo, que adhiere a él y, a la vez, toma distancia..." [...]“Aquellos que coinciden demasiado plenamente con la época, que encajan en cada punto perfectamente con ella, no son contemporáneos porque, justamente por ello, no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella. (p. 2)

Agamben continúa diciendo que "...contemporáneo es aquel que tiene fija la mirada en su tiempo, para percibir no las luces, sino la oscuridad." (p. 3)

Pero, por último y felizmente porque significa que no somos solamente una generación de deprimidos:

Percibir en la oscuridad del presente esta luz que busca alcanzarnos y no puede hacerlo, eso significa ser contemporáneos...

Por ello los contemporáneos son raros. Y por ello ser contemporáneos es, sobre todo, una cuestión de coraje: porque significa ser capaces no sólo de tener fija la mirada en la oscuridad de la época, sino también percibir en aquella oscuridad una luz que, directa, versándonos, se aleja infinitamente de nosotros". (p. 4)

Esto no es, por supuesto, solamente un tema de edad: hay muchas personas maduras o mayores que no son contemporáneas en este sentido y muchas jóvenes que sí lo son.

No una, sino muchas veces

Es posible que a cada generación de contemporáneos le haya parecido que su distopía era única, irrepetible, la debacle, el fin de la historia. Sin embargo, hemos de reconocer, como dice la cita de Freud con la que inicié la conferencia, que esto ha sucedido muchas veces y probablemente seguirá sucediendo.

Se nos ha repetido hasta el cansancio que quien no conoce la historia está condenado a repetirla y en algún sentido es así. Pero la historia de los individuos y de las naciones demuestra que, aun conociéndola, la compulsión a repetir nos acecha siempre. Podrán cambiar los medios y las formas, pero las pulsiones están siempre allí, pertenecen a la naturaleza humana y trascienden las naciones y las generaciones.

¿Quiere decir que hacer historia es una tarea inútil? Para nada, pero quizás habría que considerar que evitar la repetición no es su función principal. Quizás más, ayudarnos a entender los orígenes y derroteros que nos han llevado al presente y sacarnos así del desconcierto.

Freud (1915) describía cómo las grandes naciones civilizadas podían mostrar, en el caso de una guerra, los progresos de la solidaridad humana:

evitando en lo posible graves daños ... respetando al herido que abandona la lucha y al médico y al enfermero dedicados a su curación. Y, desde luego, con toda la consideración a la población no beligerante, a las mujeres, alejadas del oficio de la guerra, y a los niños que habrían de ser más adelante por ambas partes amigos y colaboradores. (p. 2123)

Pero no. Las cosas no son así, ni entonces ni ahora. ¿Debemos sorprendernos? Freud ya nos había advertido que la decepción que sentimos "no está justificada porque proviene del derrumbamiento de una ilusión" (p. 2124).

En realidad, no hay un exterminio del mal. Los impulsos primitivos que nos habitan a todos que, en sí mismos no son ni buenos ni malos, y que nos hemos visto obligados a controlar y refrenar para poder formar parte de la sociedad, nunca desaparecen y esperan la ocasión de manifestarse en toda su crudeza.

La distopía de estos tiempos

Bifo Berardi (2016) se refiere a la diferencia entre los conceptos de **historia y evolución**, que nos ubica en un punto de vista epistemológico ventajoso que, a mi parecer empata muy bien con la lectura de Freud que acabo de hacer, para comprender no solo el pasado, sino lo que ocurre precisamente ahora. Lo que distingue ambos conceptos es *la intencionalidad*.

Plantea que pensar en términos de historia, implica asumir a los humanos como:

actores **conscientes y voluntarios** [que] transforman las condiciones y las estructuras sociales que los rodean. En la esfera de la evolución, en cambio, los seres humanos no pueden ser considerados actores porque la evolución misma se refiere al devenir natural de los organismos en su interacción con el entorno. (p. 34; el resaltado es mío).

Para complejizar las cosas, el entorno en el que los seres humanos venimos evolucionando, incluye:

[...] las transformaciones técnicas que hemos presenciado en las últimas décadas del siglo XX y la infinita proliferación de fuentes y flujos de información desatada por la aceleración de la tecnología de redes [que] han hecho imposible la elaboración consciente de la información por parte de la mente individual y la coordinación consciente de agentes individuales intencionales...En las condiciones de aceleración y complejización de la infoesfera, la razón y la voluntad (esas características cruciales de la acción política) ya no pueden procesar ni decidir en el tiempo. (p. 35, 36)

Es decir, que es insuficiente y quizás errado intentar comprender lo que nos pasa como resultado de la aplicación consciente del conocimiento racional, de la voluntad o de la decisión política porque

la relevancia o efectividad de la acción humana ya no sucede en el nivel del conocimiento racional, de la decisión política y la voluntad, sino en el nivel de la intuición, la imaginación y la sensibilidad. Claramente, la esfera conceptual y práctica de la política moderna ha perdido terreno. (p. 34)

Todo esto es notorio si observamos con atención el comportamiento de los actores políticos a todo nivel: desde los grandes líderes mundiales, pasando por los partidos y organizaciones, hasta los ciudadanos comunes.

Añadiendo una contribución importantísima acerca de la relación entre los seres humanos y la tecnología, particularmente la Inteligencia Artificial, utilizando métodos y conceptos psicoanalíticos, Luca M. Possati (2001) analiza los efectos de la identificación proyectiva sobre la Inteligencia Artificial. Así, por ejemplo, errores de cálculo, ruido en la información y sesgos algorítmicos se entienden como efecto de la identificación proyectiva de aspectos no deseables de la mente de los humanos (Ej. los creadores de programas y algoritmos).

Así, termina resultando que la tecnología, que de hecho ya gobierna muchos aspectos de nuestras vidas responde a elementos inconscientes que son proyectados sobre ella inadvertidamente. Y la tecnología avanza a tal velocidad que nosotros somos incapaces de adelantarnos y prevenir las consecuencias no solo prácticas sino fundamentalmente éticas de su desarrollo que parece ilimitado.

Resulta así que nuestro mundo distópico tiene peculiaridades que lo asemejan a aquellos de ficción. Entre ellos tiene un lugar central el avance acelerado de la tecnología digital, las redes y la Inteligencia Artificial. Los efectos sobre los individuos y la sociedad global ya pueden apreciarse y vienen siendo objeto de múltiples estudios (Johanssen y Krüger, 2022; Turkle, 2011) que aquí no reseñaremos.

¿Se podría decir que vivimos en una distopía gobernada por la tecnocracia? Nuestras individualidades están siendo constantemente convertidas en datos a partir de los cuales se toman decisiones para orientar nuestros deseos, nuestro consumo, nuestras decisiones políticas. El poder a la larga lo tendrán quienes programen los algoritmos de acuerdo con los cuales tendremos que comportarnos los demás seres humanos y por quienes controlen (si pueden) las máquinas de Inteligencia Artificial.

Reflexionando con Freud

En *El malestar en la cultura*, Freud describió las tres fuentes del sufrimiento humano: la supremacía de la naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad.

Postulo que algunos de los usos que damos a la tecnología los seres humanos se explican por la resurgencia de impulsos primitivos dirigidos hacia esas tres fuentes:

La sevicia con la que el ser humano destruye la naturaleza va mucho más allá de dominarla para satisfacer nuestras necesidades, de la mera angurria insaciable

o del simple descuido. (Pienso, por ejemplo, en el *fracking*, que es una técnica para extraer gas y petróleo del subsuelo quebrándolo mediante inyecciones de agua a altísima presión). Podría hipotetizarse psicoanalíticamente como la expresión de un sentimiento atávico de venganza contra ella, una de las fuentes de sufrimiento que nos amenaza desde fuera y que se niega a darnos todas las riquezas que contiene. La tecnología nos permite, entonces, sacárselas a la fuerza. Y, mientras más nos esforzamos por destruirla, más ponemos en riesgo nuestra supervivencia futura.

Freud (1915) escribió que la muerte propia es inimaginable y que en lo inconsciente todos estamos convencidos de nuestra inmortalidad. Quizás así sea, no podemos saberlo. Pero lo que es evidente es que la angustia ante la muerte no solo existe, sino que los humanos hacemos enormes esfuerzos para evitarla o, al menos para postergarla y, también para sobrevivir en las mentes de otros cuando nos haya alcanzado.

La cantidad de recursos que se destinan, no solo a la curación de enfermedades y a la prolongación de la vida, a la mejora de la especie mediante la manipulación genética y clonación, habla de la desesperación frente a la segunda amenaza: la caducidad de nuestro propio cuerpo. Si todos estos esfuerzos siempre encuentran un mercado es porque corresponden a nuestros miedos más profundos.

Ya hemos hablado de la guerra y aquí solo repetiré lo que todos sabemos: que la combinación de impulsos asesinos hacia nuestros congéneres con la angustia propia de los fabricantes y vendedores de armas y el desarrollo tecnológico nos han puesto en el peligro real no solo de destruir a otros sino a la humanidad entera.

Distopía a la peruana

Vivimos en los últimos tiempos en un ambiente de perplejidad y pasmo: vemos cómo somos gobernados por un conjunto de personas de bajísimo nivel cultural y moral que se coluden para arrogarse el poder de destruir el estado de derecho, pervertir las instituciones y las leyes acomodándolas a sus intereses en muchos casos corruptos y criminales.

Según el tempranamente fallecido, pero más vigente que nunca Alfonso Quiroz (2013), si uno pudiera escoger dos palabras para describir América Latina, desigualdad y corrupción serían apuestas seguras. Es más que evidente que lo mismo puede aplicarse a nuestro país, a decir del autor, desde la colonia.

Si intentamos rastrear los orígenes de lo que nos sucede hoy, siempre podemos ir un poco más atrás. Saúl Peña (2003) señala como inicio el engaño de Pizarro a Atahualpa y recorre desde allí varios hitos que culminan en la dictadura

y posterior caída de Fujimori y Montesinos, para continuar con el gobierno de transición de Paniagua. Peña se detiene, esperanzadamente, en la elección de Toledo, pero nosotros ya sabemos en qué terminó eso. Y es que, nos recuerda Saúl, todos los seres humanos tenemos potencialidades de corrupción.

Respecto de la desigualdad, a pesar del tiempo transcurrido desde los inicios de la República hasta ahora, las diferencias continúan siendo enormes: según cifras del Banco Mundial, el 20% más pobre de la población recibe solo el 6% del ingreso total, mientras que el 20% más rico recibe el 47%. Y estas desigualdades comportan como sabemos todos, características regionales y raciales sumamente marcadas.

Peña relaciona ambas características:

En el Perú la pobreza, la miseria, no solo material sino también espiritual es enorme, generándose una abismal diferencia entre el que tiene todos estos beneficios y el que no los tiene [...] Es muy grande el porcentaje de analfabetos y desnutridos afectiva y culturalmente. Podemos considerar que, en gran medida, la población menos favorecida es una sociedad sin padre y un medio familiar lleno de conflictos y abusos que se incorporan al inconsciente individual y colectivo de gran número de peruanos. (p. 25)

Sin olvidar que, nos dice:

La clase media y la económicamente alta, de poder indiscutible, no están excluidas en absoluto, a pesar de sus privilegios, de caer en la corrupción. Algunos siguen perpetuando e incrementando su bonanza en desmedro de otros. (p. 25)

Quiroz, por su parte, relaciona la corrupción con la fragilidad institucional y demuestra que la historia de nuestro país se compone de ciclos de corrupción, seguidos por periodos sumamente breves de reformas anticorrupción, interrumpidos por intereses creados contrarios a la reforma.

No cabe duda de que estamos enfrentando uno de los picos más altos de corrupción y fragilidad institucional: Ésta es la característica principal de nuestra distopía, pero no la única. Veamos algunas que nos harán recordar las tres novelas a las que me he referido antes:

Ocultamiento y distorsión de la información a través de canales oficiales y no oficiales adictos al pacto que nos gobierna.

Deformación de la historia reciente con fines manipulativos: borrar los rastros de acontecimientos comprometedores para ciertos sectores; reescribir hechos históricos y enseñarlos en los colegios; atacar y estigmatizar monumentos e instituciones dedicadas a preservar la memoria, como se

intenta reiteradamente con El Ojo que Lloro, el Lugar de la Memoria y el informe de la CVR.

Ataques a la producción intelectual, artística y cultural que provenga de autores y creadores independientes y, especialmente, cuyos productos sean de buena calidad y se refieran a la realidad del país, mientras que se prioriza el entretenimiento barato y estupidizante.

Escraches a librerías en las que se presentan publicaciones nuevas; últimamente una ley de cine destinada a ahogar por falta de financiamiento a producciones nacionales acusándolas de “proterroristas”, o simplemente porque se filman en lenguas nativas.

Ataques a la prensa y al periodismo de investigación serio que expone los casos de corrupción y abuso de poder.

Censura y control del lenguaje: Prohibición del uso de palabras en los textos escolares y en el discurso de los maestros: “niños y niñas”, por ejemplo, y, obviamente todo lo que se refiera a educación sexual, diversidad sexual y censura de la palabra “género”.

Neolenguaje: Utilización de términos para estigmatizar a sectores enteros de la población que representan bolsones de pensamiento divergente y que se consideran amenazas para quienes gobiernan o pretenden gobernar: notoriamente, “caviar” y “terruco”, cuyo significado real nadie conoce porque va moviéndose y ampliándose.

En nuestro neolenguaje, términos como “derecha” y especialmente “izquierda” han perdido su significado social y político. La caída de las ideologías los ha vaciado de contenido y se aplican libremente sin saber a qué se refieren.

Perversión del significado de cargos e instituciones: “Defensor del pueblo” se ha transformado en “defensor del régimen”; “Tribunal de garantías constitucionales”, en “tribunal que convalida las transgresiones constitucionales del congreso”; “Superintendencia nacional de educación” en “entidad que facilita la creación y funcionamiento de universidades-estafa” y “Resistencia” identifica un grupo lumpen utilizado para hostilizar, agraviar y difamar a periodistas independientes.

Creación de chivos expiatorios a quienes culpar de conspiraciones y maldades, con el fin de dirigir el odio hacia ellos. En el Perú tenemos nuestra propia versión del Emmanuel Goldstein de “1984”, que en nuestro caso resulta siendo uno de los periodistas más serios y reconocidos, investigador de los casos más graves de corrupción. Por ello, para desacreditarlo y de paso vengarse de él, se le señala como causa explicativa de teorías de la conspiración y de todos los males que nos aquejan.

Ataque a los derechos y libertades de las mujeres y de las sexualidades no conformes. Desprotección intencional de sectores vulnerables de la población: últimamente, justificación por el ministro de educación y la ministra de la mujer de casos de violación de niños y niñas de comunidades indígenas de la selva por parte de sus profesores con el argumento de que se trata de “prácticas culturales para iniciar familias” y calificación de las personas transgénero como patológicas apelando a manuales de diagnóstico que en otros países ya fueron superados.

¿Se trata de ideología, maldad o estupidez?

Las ideologías se han vaciado de contenido, excepto las de extrema derecha. Pero, a la hora de establecer pactos para destruir la institucionalidad y el estado de derecho, los extremos fornican sin el menor empacho.

Sobre la maldad, Freud (1915) explicó que

El hombre es raras veces completamente *bueno* o *malo*; por lo general, es *bueno* en unas circunstancias y *malo* en otras, o *bueno* en unas condiciones exteriores y decididamente *malo* en otras. p. 2105

No repetiré aquí lo descrito en Psicología de masas y análisis del yo, aunque conviene no olvidarlo nunca.

Quisiera ahora señalar que el miedo, entre otras emociones, puede producir transformaciones que uno no imaginaría en sí mismo o en los otros. En el Perú vivimos desde hace algún tiempo en modo esquizo-paranoide que se agudiza en cada elección y no parece tener remedio.

Freud (1915) no usó directamente la palabra estupidez, pero dijo que le sorprendía y asustaba, tanto como el descenso de la cultura ética de la gente,

la falta de penetración que se revela en los mejores cerebros, a su cerrazón y su impermeabilidad a los mejores argumentos y a su credulidad, exenta de crítica, para las afirmaciones más discutibles.

[...] ...los hombres más inteligentes se conducen de pronto ilógicamente como deficientes mentales en cuanto el conocimiento exigido tropieza con una resistencia sentimental.

[...] Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes contra los intereses afectivos. (p. 2109)

En esto coincide con Dietrich Bonhoeffer (reseñado por Caballero Pedraza, 2022) quien previno contra los esfuerzos de convencer a un estúpido mediante argumentos sólidos: simplemente los ignorará, o bien se irritará y atacará.

Según Bonhoeffer, la estupidez no es un defecto intelectual ni tampoco de lesa cultura: cualquiera puede volverse estúpido en determinadas circunstancias externas. Los estúpidos son más peligrosos que los malvados, con quienes se identifican acríticamente y terminan sosteniéndolos en el poder.

A esto podemos añadir que los estúpidos más peligrosos son aquellos que están en el poder.

Y a nosotros, ¿qué nos pasa?

Si algo llama poderosamente la atención, es la pasividad con la que vemos ocurrir la destrucción institucional y moral del país. La sociedad peruana ha sido capaz en otras ocasiones de movilizarse y producir cambios de gran envergadura.

Parte de la explicación puede estar en la desinformación sistemática: asumamos que un buen sector de la población no se entera o no puede valorar la dimensión de lo que viene ocurriendo. Quizás en esto cumpla también un rol el hecho de que no tenemos un autócrata identificable sino un enjambre de corruptos que actúan en muchas ocasiones con nocturnidad y disimulo y otras veces con el mayor descaro.

Si alguna vez el término “sinvergüenza” ha cobrado significado, es ahora. Basta escuchar las declaraciones de congresistas y ministros para darse cuenta de que el ideal del yo de muchos ha sido desplazado por el yo ideal (si es que alguna vez fue distinto). Algunas personalidades caracterizadas por el narcisismo maligno que describió Otto Kernberg y otras que parecen francamente psicopáticas se exhiben en las pantallas con la mayor desfachatez.

Se ha dicho también que la población ha quedado paralizada por el miedo como efecto de las matanzas ocurridas al inicio del gobierno actual. Quizás, pero esto parece contradecirse con el hecho de que en los pocos lugares donde hay protestas es justamente donde éstas ocurrieron.

¿Será miedo lo que sentimos? ¿Indignación y asco? ¿Impotencia? ¿Resignación? ¿Desesperanza? ¿Ganas de salir huyendo del país? ¿Será que no tenemos nada que ver con el Congreso y el gobierno patético que tenemos?

¿El Congreso peruano no nos representa?

Freud nos ha recordado muchas veces que en el inconsciente compartimos todos los humanos las mismas pulsiones (los mismos bajos instintos, suena más literario). Y que para poder vivir en sociedad nos vemos obligados a reprimirlos y a darles cursos alternativos, lo que nos produce malestar e infelicidad. En el fondo, desearíamos no tener que hacer estos sacrificios.

Estos pseudo políticos a los que abandonamos el país y nuestro propio futuro, ¿no será que están haciendo lo que nosotros, pobres neuróticos, en el fondo quisiéramos, pero no podemos hacer? ¿No será que estamos realizando a través de ellos, pero desde un elegante lugar de superioridad moral, la perversión de las leyes y las instituciones que necesitamos, pero a las que detestamos someternos? Siendo así, quizás debiéramos admitir que este Congreso sí nos representa: representa lo peor de nosotros: los impulsos egoístas y destructivos que la neurosis nos impide llevar a cabo.

Vivimos en una sociedad del espectáculo en la que los medios de comunicación han sido potenciados y progresivamente reemplazados por las redes sociales. La política es indudablemente parte del show. Freud nos recordó lo que los griegos supieron siempre:

El espectador de drama es un individuo sediento de experiencia... hace ya mucho tiempo que se encuentra obligado a moderar, mejor dicho, a dirigir en otro sentido su ambición de ocupar una plaza central en la corriente del suceder universal: anhela sentir, actuar, modelar el mundo a la luz de sus deseos; en suma, ser un protagonista. (p. 1272)

Propongo la hipótesis de que nuestra inacción se debe en parte a que, al ubicarnos como espectadores, estamos gozando por interpósita persona sin sentir que nos embarramos con la inmundicia, con la realización precisamente de esos deseos, sabiendo además que más adelante veremos caer a los personajes y podremos entonces gozar de nuevo con su desgracia.

Es más, cuando reclamamos por la falta de líderes que convoquen a la movilización, es posible que estemos esperando la aparición de otro protagonista (o antagonista): un héroe que se juegue por nosotros sin que nosotros debamos correr los riesgos.

¿Y el psicoanálisis?

Nuestra disciplina no es ajena a los efectos de lo distópico. El psicoanálisis es atacado desde muchos frentes y con distintos argumentos: su poca efectividad respecto de métodos más rápidos y eficientes: los fármacos y otros tipos de terapia orientados hacia la desaparición de síntomas. Elisabeth Roudinesco (2015) lo expresa claramente:

Que se trate de angustia, de agitación, de melancolía o de simple ansiedad, hará falta primero tratar la huella visible del mal, luego borrarla y, finalmente, evitar buscar la causa de manera de orientar al paciente hacia una posición cada vez menos conflictiva y, por tanto, cada vez más depresiva. En lugar de las pasiones, la calma; en lugar del deseo, la ausencia de deseo; en lugar del sujeto, la nada;

en lugar de la historia, el fin de la historia... ya no [hay] tiempo de ocuparse la larga duración del psiquismo, pues, en la sociedad liberal depresiva, su tiempo está contado. (p. 35)

No son escasos los esfuerzos por demostrar la efectividad práctica de los métodos psicoanalíticos, lo que se entiende en el contexto de acusaciones de falta de eficacia experimental y de la necesidad de competir con otros tratamientos en países donde existen seguros públicos o privados que pueden financiarlo, sin embargo, no deja de ser un tema controversial. Roudinesco es tajante: “la evaluación llamada “experimental” de los resultados terapéuticos no tiene valor alguno en psicoanálisis: reduce siempre el alma a una cosa.” (p. 31)

Otro asunto en el que lo distópico puede invadir o engullir la práctica misma de nuestra profesión es el del análisis a distancia. Pocos discutirían las enormes ventajas que nos ha dado su difusión, especialmente a partir de la pandemia y luego como medio para extender la práctica a lugares remotos. Creo sin embargo necesario remarcar, como ya lo hizo Ungar (2022)

...que el consultorio sigue siendo el territorio privilegiado del psicoanálisis, pero definitivamente ya no el único. Con esto no estoy diciendo que la práctica en el consultorio no tenga futuro. Por el contrario, en una cultura como la nuestra en la que la “intimidad se ha vuelto un espectáculo” como señala Paula Sibilia (2008), se hace necesario redoblar la apuesta porque, para muchos, la única oportunidad de contar con un espacio íntimo e indispensable para la creatividad es justamente la sesión de análisis. (p. 45)

Acerca de las condiciones para la existencia misma del psicoanálisis Roudinesco señala dos que son invariables y necesarias:

la constitución de un saber psiquiátrico, es decir una mirada sobre la locura capaz de conceptualizar la noción de enfermedad mental en detrimento de toda idea de posesión de origen divino, y, por otro, **la existencia de un Estado de derecho capaz de garantizar la libre transmisión del saber.** (p. 116, el resaltado es mío.)

Estas afirmaciones de Roudinesco nos deben llevar a tomar en cuenta las posibles consecuencias para nuestra propia existencia dentro de una sociedad como la que estamos viendo.

La potencia del psicoanálisis para generar hipótesis explicativas sobre los fenómenos políticos y sociales se basa, pero por supuesto que no se agota en Freud. Muchas contribuciones han sido hechas por psicoanalistas referidas a estos temas y planteo que debemos seguir valorando y potenciando el valor de nuestra disciplina en estas áreas.

Esta ponencia y este congreso de psicoanálisis pretenden ser una pequeña contribución en ese sentido, pero, sobre todo, una provocación para que sigamos pensando juntos.

Referencias

- Agamben, G. (2008). *¿Qué es lo contemporáneo?* <https://19bienal.fundacionpaiz.org.gt/wp-content/uploads/2014/02/agamben-que-es-lo-contemporaneo.pdf>
- Banco Mundial. (n.d.). *Composition by quintile*. <https://www.bancomundial.org/es/topic/poverty/lac-equity-lab1/income-inequality/composition-by-quintile>
- Berardi, F. (2017). *Fenomenología del fin*. Caja Negra Editora.
- Bradbury, R. (2011). *Fahrenheit 451*. Penguin Random House. (1953)
- Caballero Pedraza, E. (2022). *Punto de vista sobre la estupidez*. <https://es.scribd.com/document/628718565/Punto-de-Vista-Sobre-La-Estupidez-23-04-22>
- Freud, S. (1974). *Personajes psicopáticos en el teatro*. En *Obras completas* (T. IV, pp. 1270-1276). Biblioteca Nueva. (1905-1906)
- . (1974). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. En *Obras completas* (Vol. VI, pp. 2101-2117). Biblioteca Nueva. (1915)
- . (1974). *El malestar en la cultura*. En *Obras completas* (Vol. VIII, pp. 3017-3067). Biblioteca Nueva. (1929-1930)
- Huxley, A. (2016). *Un mundo feliz*. Random House Mondadori. (1932)
- Johanssen, J., & Krüger, S. (2022). *Media and psychoanalysis: A critical introduction*. Karnac.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (2013). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Orwell, G. (2015). *1984*. Editorial Zig-Zag. (1949)
- Peña, S. (2003). *Psicoanálisis de la corrupción: Política y ética en el Perú contemporáneo*. Peisa.
- Possati, L. M. (2021). *The algorithmic unconscious*. Routledge.
- Quiroz, A. W. (2019). *Historia de la corrupción en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos (IEP). (2013)
- Roudinesco, E. (2015). *¿Por qué el psicoanálisis?* Paidós.
- Turkle, S. (1984). *The second self: Computers and the human spirit*. MIT Press.
- Ungar, V. (2022). La práctica psicoanalítica en tiempos de distopía. *Revista Psicoanálisis*, 27, 33-45.

Resumen

El artículo parte de la constatación inquietante de las similitudes entre las sociedades descritas en tres novelas distópicas y lo que sucede actualmente en el mundo globalizado y, particularmente en el Perú. Se plantean interrogantes y proponen algunas hipótesis de raigambre freudiana a la comprensión de la distopía actual que, como se señala, es una de muchas que han ocurrido en el pasado y probablemente seguirán ocurriendo porque tienen su base en la naturaleza humana.

Palabras clave: distopía, contemporaneidad, psicoanálisis, Perú

Abstract

The article is based on the disturbing observation of the similarities between the societies described in three dystopian novels and what is currently happening in the globalized world and, particularly in Peru. Questions are raised and some hypotheses rooted in Freud's insights are proposed for the understanding of the current dystopia which, as noted, is one of many that have occurred in the past and will probably continue to occur because they are based on human nature.

Key words: dystopia, contemporaneity, psychoanalysis, Peru